

## Un brillante y emotivo análisis del origen, curso, disolución y herencia de Yugoslavia, o país de los eslavos del sur

A brilliant and moving analysis of the origin, course, dissolution and heritage of Yugoslavia, or the country of the South Slavs

MARKO BELOTI MUSTECIC  
Hospital General de Castellón

### PROCESO EDITORIAL ► EDITORIAL PROCESS INFO

Recibido: 30/10/2024

Aceptado: 26/11/2024

### CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO ► HOW TO CITE THIS PAPER:

Beloti Mustecic, Marko. (2023). Yugoslavia, la guerra y la paz en los nuevos países balcánicos, *Revista de Paz y Conflictos*, Vol.16, pp.241-246, DOI: <http://dx.doi.org/10.30827/revpaz.16.31816>.

### SOBRE LOS AUTORES ► ABOUT THE AUTHORS

Marko Beloti Mustecic trabaja como médico en el Servicio de Pediatría del Hospital de Castellón. Especialista en cirugía maxilofacial, ha trabajado en Madrid, Granada, en el Servicio de Emergencias Sanitarias, en las Fuerzas Armadas y para Médicos Sin Fronteras. Como escritor, con el alias Markus Aureus, ha publicado una novela de ficción inspirada en su juventud en Serbia, “Contra las cuerdas”, y una obra autobiográfica sobre R.Centroafricana, “Hotel Batangafo”. Nació en Belgrado (Yugoslavia), de madre serbia y padre croata. [mabemu86@gmail.com](mailto:mabemu86@gmail.com)

---

### EN RESEÑA DE ► A REVIEW OF

---

Ruiz Jiménez, José Ángel, (2024) Yugoslavia, la guerra y la paz en los nuevos países balcánicos, Madrid, Síntesis. 366pp.

---



Los Balcanes producen más historia de lo que son capaces de digerir, dijo Churchill. Yugoslavia ocupó buena parte de esta península. Su historia, sus múltiples intentos de unión y guerras civiles de disolución, tejen un entramado que pocos conocen, muchos menos entienden. El profesor Ruiz Jiménez es de los pocos intelectuales, balcánicos o foráneos, que puede clamar haberlo conseguido. Su última obra supone un hito en el esfuerzo de sintetizar e interpretar la complejísima trama de un periodo de casi siglo y medio que abarca desde el nacimiento de Yugoslavia en las cabezas de unos pocos, hasta el recuerdo dispar que de ella conservan los millones de personas que portaron su pasaporte hace ya treinta años.

El libro se podría contemplar en tres bloques: el origen y la evolución del proyecto *yugoslavista*, las circunstancias sociopolíticas de su disolución, y un análisis de la historia reciente, un resumen de las tres décadas posteriores a la guerra en los siete territorios, más o menos soberanos, que otrora formaron parte de la República Federal Socialista de Yugoslavia.

La historia de Yugoslavia comienza en la frontera del Imperio austrohúngaro con el Imperio otomano en la península balcánica. El germen de la unión fue el idioma, luego denominado serbocroata, e intelectuales como los croatas Ljudevit Gaj, August Senoa o el serbio Jovan Jovanović Zmaj, fomentaron la idea de la hermandad sudeslava –yugoslava– por encima de las diferencias culturales y religiosas. La realidad política distó de las intenciones románticas de algunos intelectuales, y los más diversos proyectos, dentro de cada una de las futuras naciones yugoslavas, se fueron encauzando por el contexto.

La Primera Guerra Mundial comenzó con el intento de invasión de Serbia por parte del Imperio austrohúngaro, que integraba regiones que luego formarían parte del actual norte de Serbia, Bosnia, Croacia y Eslovenia. Al perder la guerra y descomponerse el Imperio, el gobierno provisional de la parte sudoccidental del mismo, con sede en Zagreb, pidió ayuda a Serbia, vencedora de la Gran Guerra, para recuperar el orden y evitar la anexión italiana de algunos de sus territorios. Años antes se firmó la Declaración de Corfú, por la que el Comité Yugoslavo y el Reino de Serbia acordaron la formación de un nuevo país al acabar la guerra. No menos importante fue el interés de las potencias vencedoras, Reino Unido y Francia, de que los países germánicos, Alemania y Austria, fueran mutilados de sus regiones de influencia, como Eslovenia y Croacia. Pero el autor señala cómo el Primer Ministro serbio y héroe nacional, Nikola Pasić, intentó que Serbia se extendiera tan solo por las regiones del Imperio derrotado en las que habitaban sus congéneres, no formar un país con ciudadanos de culturas y proyectos nacionales tan dispares como finalmente resultó ser el Reino de Yugoslavia.

Las dos décadas de esta primera unión fueron convulsas, una deriva hacia el absolutismo centralista serbio cada vez más evidente, culminando con el magnicidio de Alexandar Karadjordjević, primero rey serbio y luego rey yugoslavo, a manos de nacionalistas croatas en 1934, como dos décadas antes un serbobosnio había matado al heredero al trono austriaco en Sarajevo. La política del reino fue más conciliadora después del magnicidio, con el regente Pavle, firmándose el Acuerdo Čvetković-Maček sobre una organización casi federal del reino, dándole más autonomía a Croacia. Todo quedaría en papel mojado con la invasión alemana, una despiadada guerra civil entre diferentes guerrillas del territorio yugoslavo y finalmente la victoria de los *partisanos*, comandados por Josip Broz Tito, esloveno-croata de nacimiento, agente soviético y líder del Partido Comunista yugoslavo.

El autor se detiene en el intrincado enfrentamiento, alianzas y baños de sangre entre comunistas, monárquicos antifascistas, monárquicos colaboracionistas, fascistas croatas y musulmanes. La simbología de aquellos años renacerá en los años noventa, y sus líderes serán rehabilitados en la memoria nacional, ante la indignación de algunos veteranos y supervivientes de la II Guerra Mundial. Es el caso de Ante Pavelić, líder fascista croata cuya tumba en el cementerio de San Isidro fue visitada

por el ex-jugador del Real Madrid, Davor Šuker; o del general serbio Milan Nedić, jefe del gobierno colaboracionista de Belgrado que tantos civiles exterminó en nombre del nazismo.

El Partido Comunista tomó las riendas de la resistencia, liberó el país con ayuda del Ejército Rojo, e instauró un régimen socialista tras unas elecciones estrechamente vigiladas por los servicios de seguridad nacional. Zarpó la segunda Yugoslavia. El mensaje predominante fue de *hermandad y unidad*, una retórica contraria al odio interreligioso e interétnico, tan arraigado y sellado con sangre tras décadas de masacres. Los logros económicos, culturales y sociales del nuevo país fueron innegables, y la calidad de vida que disfrutaron amplias masas de ciudadanos una bendición que pocos ponen en duda. De hecho, fueron la falta de libertades políticas y las rencillas nacionales, más tenaces que las cucarachas, las que se señalan como principales males de aquella Yugoslavia por sus más acérrimos opositores ideológicos (Djilas, 2022). El autor recopila gran cantidad de datos y anécdotas que reflejan aquellas décadas.

Sin embargo, detrás de la aparente bonanza, afloraron tensiones heredadas de la Yugoslavia monárquica entre centralistas serbios y regionalistas esloveno-croatas, esta vez en el seno de la Liga Comunista. En 1966 se produjo un giro político con la destitución del número dos del régimen, Aleksandar Ranković; de nuevo en 1974, con la nueva Constitución, que avanzó en la descentralización y la debilitación de la República de Serbia, fragmentándola en dos nuevas autonomías, Vojvodina y Kosovo.

La muerte del mariscal Tito en 1980 fue un paso más hacia el anunciado ocaso del proyecto yugoslavo, complicado no solo por la crisis económica internacional del momento, sino por el principio del fin del imperio soviético. El papel de Yugoslavia como *país tampón* en caso de estallar la guerra contra la URSS fue generosamente usado por los gobernantes yugoslavos, suficientemente astutos, hábiles y afortunados de haber roto lazos con Stalin en 1948 y haber sobrevivido para contarlos. Los yugoslavos de todos los colores políticos siempre deberán agradecer a la cúpula comunista de la posguerra aquella histórica decisión, que aparte de evitar para Yugoslavia el yugo del Pacto de Varsovia y de su *talón de acero*, posibilitó ayudas económicas y políticas que la convirtieron en una sociedad privilegiada. Sin embargo, tras el colapso de la URSS, Occidente dejó de apoyar la supervivencia de una economía socialista inherentemente ineficiente, a la vista de los resultados, con el agravante de que los odios interétnicos no habían hecho más que disimular su existencia durante cuarenta años, para revivir con todo su ímpetu a finales de los ochenta. El autor se cuestiona si Occidente pudo haber evitado la contienda ayudando a Yugoslavia a realizar una transición más suave hacia la economía de mercado, si bien no queda claro que las tensiones nacionalistas hubieran permitido a las repúblicas permanecer en la Federación los años que siguieron.

Los capítulos 4, 5 y 6 del libro, tres de los 8 que lo componen, se dedican propiamente al preámbulo y a las cuatro guerras civiles yugoslavas. El autor ya publicó en 2016 un excelente trabajo, *Y llegó la barbarie* (Barcelona, 2016), enforcado en estos episodios. La presente obra, en la que la guerra no representa el objeto principal de estudio, nos parece que enfoca el conflicto desde una perspectiva más global, alejada de anécdotas puntuales, intentando ofrecer una interpretación de los atropellados sucesos difíciles de situar en una línea temporal, no digamos ya masticar y digerir desde el punto de vista intelectual. Si bien los pasos dados por seis repúblicas, incluyendo Kosovo, son relativamente lógicas, el caso de Serbia permanece una incógnita.

*El serbio está loco, el serbio es maldito; lo matas una vez, y él quiere repetir*, cantaba Bora Djordjević, icónico líder de una banda de rock belgradense. El profesor Ruiz Jiménez intenta ofrecer una interpretación coherente de las decisiones del gobierno del Partido Socialista de Slobodan Milosević, pero las hipótesis resultan desconcertantes, pareciendo los versos de Bora los que más se asemejan a la realidad. Irónicamente, la prensa occidental no dudó en atribuir al gobierno serbio una intención política y militar clara en las cuatro guerras, para con ello retratarlo como responsable

primero y último de la tragedia ocurrida (Pérez-Reverte, 2012). El autor, con abundante bibliografía y hechos objetivables, desmonta dicho discurso. Sin embargo, ¿qué persiguió Milosevic en esas cuatro guerras, si no es lo que la prensa occidental le atribuyó?

La continuidad de la Yugoslavia comunista no pudo ser, pues desestimó el clamor del Ejército de responder a las agresiones durante los diez días que duró la guerra de Eslovenia. Tampoco permitió el intento de una acción militar a gran escala contra el gobierno de Zagreb que pudiera, en caso de triunfar, frustrar sus intenciones secesionistas. El autor señala a dos jefes militares que fueron sustituidos durante la guerra de Croacia, presuntamente por pretender tomar acciones militares de más envergadura, indudablemente necesarias si se hubiera querido mantener la unidad nacional por medio de la fuerza.

La segunda posibilidad es que persiguió fundar la *Gran Serbia*, entendida como un proyecto nacional que incluyera todos los territorios donde los serbios, o población de ascendencia cultural cristiana ortodoxa, fuesen mayoría, así como territorios de importancia nacional histórica, como Kosovo. Este proyecto, defendido por una minoría radical, suponía la continuidad de la política serbia anterior a la Primera Guerra Mundial y al nacimiento de Yugoslavia. Encerraba la contradicción de pedirle a Croacia territorios poblados por serbios, pero negarle la soberanía a territorios de Serbia poblados por albaneses.

En 1991, al comienzo de la guerra, el Ejército Popular Yugoslavo, plagado de caos y desertiones, pareció seguir precisamente esta doctrina, facilitando la creación de la República Srpska Krajina, que llegó a controlar una cuarta parte de la República de Croacia. Sin embargo, esta región sería ignorada, algunos clamarían que traicionada, en los años venideros de la guerra (Ulemek, 2018). Los peores crímenes que se achacan a Croacia se cometieron durante la Operación Tormenta, donde su ejército reconquistó Krajina. Dicha victoria militar fue facilitada gracias al abandono del territorio por parte de Belgrado, después de haber instado y financiado su creación. En cuanto a la guerra de Bosnia, tan solo un año después de que estallara, Milosević intentó forzar a los serbobosnios a firmar el Plan de Vance-Owen, que consumaba la secesión de la República, la *causa belli* en primer lugar. Al final, evidentemente, ninguno de los objetivos militares y políticos serbios, si es que los hubo en algún momento, fueron cumplidos.

En tercer lugar, como bien señala el autor, existe la posibilidad de que Milosevic intentara principalmente mantenerse en el poder, adaptándose a los distintos vientos que soplaban, sobreviviendo las puntuales amenazas extranjeras y las abundantes amenazas internas (Drašković, 2022). En la última guerra, la de Kosovo, que fue el primer conflicto que estalló allá por los años ochenta y a día de hoy sigue estando activo, tanto la estrategia como el resultado parecen más claros. Como bien apunta el autor, contrariamente al recuerdo popular tanto fuera como dentro de Serbia, el gobierno serbio clamó victoria tras el armisticio, pues las condiciones para el cese del ataque de la Alianza fueron más favorables que las que rechazó en la Conferencia de Rambouillet cuatro meses antes donde Serbia recibió el ultimátum antes del comienzo de las hostilidades. En un innegable ejemplo de *inat*, actitud sin traducción directa al castellano a la que el profesor Ruiz Jiménez también rinde homenaje en su texto, la cúpula política serbia, después de formar un gobierno de concentración con los partidos de la oposición, resistió la embestida de la mayor coalición militar del mundo en defensa de un mísero trozo de territorio, acaso condenado a emanciparse desde hacía décadas.

El autor no esconde su indignación acerca del maquiavelismo estadounidense en aquel conflicto, en el que un grupo catalogado de *terrorista* en los papeles de la Interpol y del Departamento de Estado de EEUU, financiado por Osama Bin Laden — entonces ya enemigo norteamericano por los atentados de Kenia y de Tanzania — el Ejército de Liberación de Kosovo, con líderes acusados de tráfico de heroína y órganos de individuos secuestrados, fueron ensalzados como héroes de la democracia y aliados legítimos de Occidente para derribar a un régimen, sin duda criminal, como el

socialista serbio. Los innegables crímenes, esta vez a manos de las fuerzas de seguridad serbias y no tan solo de paramilitares armados por ellas, como las víctimas civiles en los enfrentamientos con la guerrilla albanokosovar, no deberían impedirnos cuestionar la primera de las llamadas *guerras humanitarias*, un hito en el cambio de la política de la OTAN, en el que se irguió como policía de la democracia y de la justicia internacional. Hiere al sentido común la hipocresía desplegada, la parcialidad y el doble rasero de la comunidad internacional con el que actuó en Kosovo, mintió en la mesa de negociaciones e incluso ocupó un país de fronteras legítimamente reconocidas bajo la Resolución 1244 de la ONU, que garantizaba la integridad del mismo, para luego posibilitar la secesión unilateral de una región del mismo, Kosovo, en 2008.

Los últimos dos capítulos del libro, dedicados a las tres décadas posteriores a la guerra y las conclusiones finales, ofrecen una imagen en perspectiva de los sucesos históricos en todo el territorio yugoslavo que permite sacar conclusiones sobre las diferentes narrativas nacionales y, como no, sobre el resultado de la política internacional de las potencias occidentales.

Destacaríamos el curso marcadamente europeísta y democrático de Eslovenia, algo más irregular en Croacia, con un peso mucho mayor de la herencia autoritaria e ideario nacionalista. La indudable inclinación germanófila de buena parte de la sociedad croata, así como la exitosa integración europea, han permitido que se vayan imponiendo políticas liberales frente a los sectores más propensos a otras posturas políticas. El autor recuerda las simpatías que despertaban en Croacia los diferentes imputados por crímenes de guerra, y una falta de empatía generalizada que en los medios occidentales se solía achacar solo a Serbia. Asimismo, el partido de Franjo Tudjman, que lideró el país hacia la guerra, con marcados tintes profascistas en sus inicios, reacio al cambio, no ha desbancado el bipartidismo con la centroizquierda a diferencia de lo ocurrido en la república vecina, como a continuación veremos.

La parte de la antigua Yugoslavia que pertenecía al Imperio otomano ha seguido un camino más accidentado. Por un lado, se ha retrasado la integración en la UE, causa o consecuencia de la defectuosa separación de poderes y del imperio de la ley en algunas regiones, ejemplificada en el monopolio unipartidista y en la corrupción, si bien en distinto grado en países como Macedonia del Norte o Montenegro. Afortunadamente, ambos parecen navegar por el camino del progreso económico y del estado de derecho.

Serbia ocupa un apartado sustancioso, emocional y profundo del capítulo. No puedo escribir con objetividad sobre el mismo, pues he sido testigo de parte de las mencionadas décadas, viviéndolas de manera bien distinta a cómo se contemplan desde la mirada en perspectiva. Por alguna razón, tanto la prensa oficial como la mayor parte de la población, opinaba que caído el régimen socialista en el año 2000, cambiaría la sociedad entera; obviamente no lo hizo. Si bien los sectores democráticos y liberales pudieron mantenerse en el gobierno la primera década, de manera más o menos errática, sometidos al estigma de culpabilidad y víctimas de un chantaje permanente para entregar a los antiguos líderes y reconocer lo irreconocible, la secesión ilegal de Kosovo, los sectores dominantes de los años noventa, así como una manera de entender la política desde el prisma unipartidista, volvieron a tomar las riendas del país en 2012. La inteligencia política del actual régimen, así como el desarrollo económico nada tienen que ver con el de los años noventa, pero algunos demócratas liberales serbios temen que el país se aleje cada vez más del ideal de la separación de poderes, alineándose lenta pero progresivamente con los regímenes autoritarios y personalistas del poscomunismo. Sin embargo, el autor recoge múltiples ejemplos del despertar de la sociedad civil, del ciudadano que exige ser reconocido como individuo y no como súbdito de una nación, una tendencia que parece arraigarse en la Serbia del siglo XXI.

Por último, los antiguos – y esperamos que no futuros – escenarios bélicos, Kosovo y Bosnia, ocupan la parte oscura del capítulo. El autor recopila la tenebrosa suma de incidentes entre Belgrado

y Priština, sin una salida clara al conflicto más allá de una improbable prosperidad económica que pudiera calmar a sus protagonistas. Bosnia, a su vez, representa el fracaso de la comunidad internacional en su gesta pacifista, vivo monumento a una guerra fratricida que cada día amenaza con repetirse. Tres décadas tras la guerra civil, el país sigue supervisado por la figura del Alto Representante, impuesto por el Acuerdo de Paz de Dayton, y mantiene dentro de las mismas fronteras a los habitantes de tres comunidades que en ningún momento se han llegado a considerar conciudadanos.

El profesor Ruiz Jimenez, con su vida y su obra, intenta aportar al entendimiento de la disolución de Yugoslavia, requisito imprescindible para la empatía entre sus participantes, única vía para la paz entre sus descendientes. Además de la historia política, en su libro abundan ejemplos de héroes individuales, personas que ayudaron al prójimo o perdieron su vida intentando alcanzar la reconciliación, desoyendo los gritos de odio que provenían de su *tribu*. Mencionar al comisario Josip Reihl-Kir, a Svetlana Broz en su libro *Buena gente en tiempos de mal*, a Valentina Otmačić en su tesis doctoral sobre comunidades en Bosnia que se ayudaron mutuamente. Invita al lector a conocer y enamorarse de los Balcanes como hizo él mismo, y ojalá personas similares marquen el hilo de las siguientes historias sobre los eslavos del sur, los yugoslavos.

### Referencias bibliográficas

- Djilas, M. (2022). *Raspad i rat: Dnevnik: 1989-1995*. Belgrado. Vukotić media.
- Dražković, V. (2022). *Ožiljci života*. Belgrado, Laguna.
- Pérez-Reverte, A. (2012). *Territorio comanche*. (4a ed.). Barcelona, Penguin Random House.
- Ruiz Jiménez, J.A. (2024). *Yugoslavia, la guerra y la paz en los nuevos países balcánicos*. Madrid, Síntesis.
- Ruiz Jiménez, J.A. (2016). *Y llegó la barbarie*. Barcelona, Ariel.
- Ulemek, M. (2018). *U tigrovom gnezd*. Belgrado, Publisher.